



Casas derruidas, hierros retorcidos... es como retornar al pasado, a cualquier ciudad europea en la segunda guerra mundial.

OBJETIVO: EL CENTRO DE LA CIUDAD

Llegar a Haiphong, ciudad portuaria, es como retornar al pasado, a la Europa de la segunda guerra mundial.

Casas derruidas, edificios desplomados, hierros retorcidos, vagones de ferrocarril volcados a decenas de metros de la línea férrea, tanques de combustible aplastados, la fábrica de cemento paralizada y semidestruida...

Es el espectáculo que ofrece la entrada a la ciudad. Pero ahora, en la nueva escalada, el objetivo es el mismo centro de la ciudad. Allí, donde sólo hay casas, comercios o escuelas. El genocidio se hace más refinado y directo.

Al mediodía del 12 de julio, oleadas de caza-bombarderos norteamericanos atacaron el centro de Haiphong con bombas incendiarias, de tiempo y demolición. Es la devastación de la nueva escalada, ordenada por el Presidente norteamericano, Richard M. Nixon.

La escuela primaria Ly Tu Truong quedó casi destruida. Pero fallaron los planes del Pentágono: los niños estaban evacuados.

Allí vimos más de media manzana de casas completamente arrasadas por los bombardeos y el siniestro que se produjo como consecuencia directa del lanzamiento de bombas incendiarias.

Comenzamos a atravesar el lugar por entre los escombros para tomar fotos. Cuando caminamos unos metros se nos acercó un vietnamita con un brazaete rojo. El intérprete vino presuroso:

—Dice que no camine más en esa dirección. Arrojaron bombas de tiempo que aún no han explotado y no han sido desactivadas.

La nueva escalada contra Haiphong comenzó el pasado 16 de abril. Sólo en ese día se contaron 244 muertos, la mayoría niños y ancianos.

—Los ataques lanzados por Nixon superan en gran medida a los del período presidencial de Johnson. Ahora han utilizado los B-52 para bombardear los barrios y suburbios de la ciudad. También lanzan bombas antitanques, que hemos bautizado como «bombas Nixon» —explica Hoang Thao, presidente del comité para investigación de los crímenes que cometen los norteamericanos en Haiphong.

La populosa calle de Ngo Quyen, en pleno centro de la ciudad, presenta el aspecto de una zona arrasada: un restaurante, la estación de ómnibus y más de 70 casas fueron completamente destruidas por las bombas de demolición.

Sin embargo, sólo hubo dos muertos y doce heridos, cifra insignificante cuando se aprecian los destrozos causados por las bombas.

Es que las medidas de seguridad son cada día más estrictas. Los refugios, más profundos. La disciplina de la población, más sólida y eficaz. Y todos estos factores contribuyen a que los planes genocidas obtengan menores resultados.

Y allí, entre las ruinas, se levantaba un cartel. Le pedimos al intérprete que tradujera el texto:

«Los agresores norteamericanos han cometido crímenes. Firme es nuestra determinación de hacer que ellos paguen por estos crímenes».

Y esa misma expresión la vimos cuando visitamos el hospital en los ojos de los heridos o en los padres que acompañaban a los menores, también alcanzados por la metralla... ■ MIGUEL RIVERO.

zonas han sido bombardeadas para obligar a la población campesina a abandonarlas para refugiarse en otras que pueden ser mejor controladas desde un punto de vista policíaco y militar. Porque es preciso advertir aquí que la mayor parte de estos daños han sido causados no en Vietnam del Norte —o, por lo menos, en el Norte han sido menos estudiados por los científicos americanos—, sino precisamente en el Sur, al que se está protegiendo. De los 26 millones de cráteres que se cuentan, unos 21 millones corresponden a Vietnam del Sur.

El efecto de los monzones y las lluvias tropicales sobre esta tierra devastada es el de destruir la breve capa cultivable y transformar el suelo en un barrizal estéril. Un estudio hecho por un grupo de biólogos de la Universidad de Stanford, señala las consecuencias sobre la fauna de Vietnam de esta destrucción. Los animales, desprovistos de alimentos y de abrigo en las zonas devastadas, emigran o mueren. Pero estos animales suelen ser los encargados inconscientes del traslado del polen o de los granos fertilizantes —especialmente los pájaros, algunos insectos—: su huida hace desaparecer este medio de fecundación natural, de manera que la reproducción no se efectúa. Surgen, en cambio, las hierbas malas, parásitas o tóxicas.

Los bombardeos o fumigaciones especiales de productos llamados defoliantes —es decir, capaces de destruir la vegetación— fueron suspendidos por orden del Presidente Nixon en diciembre de 1970. Eran productos que destruían la vegetación para evitar que bajo ella se escondiesen los guerrilleros y no pudiesen ser vistos desde los aviones o helicópteros de observación. El producto químico, fabricado por la Ansul

Chemicals, no era sólo dañino para los árboles, sino también para las personas. Los mismos aviadores encargados de lanzarlo, y quienes lo manejaban en los almacenes, estaban obligados a hacerse análisis de orina frecuentes para observar si el arsénico contenido en el producto les había alcanzado. Se calcula que unos 64 millones de litros de ese y de otros productos defoliantes fueron lanzados sobre unos dos millones de hectáreas de bosque. Aproximadamente un 50 por 100 de los árboles envenenados no solamente perdieron sus hojas, como era el efecto previsto, sino que se secaron y murieron definitivamente.

La orden de Nixon fue cumplida —aunque seis meses después de dada— y, entonces, se empleó una técnica nueva: la utilización de «bulldozers» gigantes. Se dice que son capaces de devastar 400 hectáreas por día, y se considera que hay unos 150 «bulldozers», que hasta hace un año habían arrasado 300.000 hectáreas de bosques, y unas 1.000 hectáreas de plantaciones.

Estos profesores han presentado un informe en la Conferencia de Estocolmo sobre el medio ecológico. Lo sustentaban, sobre todo, con una película rodada por ellos mismos en Vietnam del Sur. Pero la delegación americana se retiró de la sala de reuniones cuando se iba a proyectar el film, y no aceptó tampoco verlo en una sesión privada.

Sin embargo, el informe ha causado una cierta sensación en los medios políticos de los Estados Unidos. Un grupo de senadores ha encargado a la Academia Nacional de Ciencias que realice durante seis meses un estudio de la situación y, sobre todo, que prepare un programa de «reparación intensiva» para, con la ayuda presupuestaria de los Estados Unidos, reparar estos males una vez la guerra terminada.

Sin embargo, no se ve hasta ahora cómo se podrá reparar este mal. Se han estudiado ya otras zonas craterizadas años atrás en el mundo, como por ejemplo, la de Verdun, en la primera guerra mundial, y la de Okinawa, en la segunda, y se ha hallado que los efectos perduran aún o han perdurado durante decenas de años, a pesar de los esfuerzos técnicos realizados para las reparaciones. ■ PABLO BERBEN.